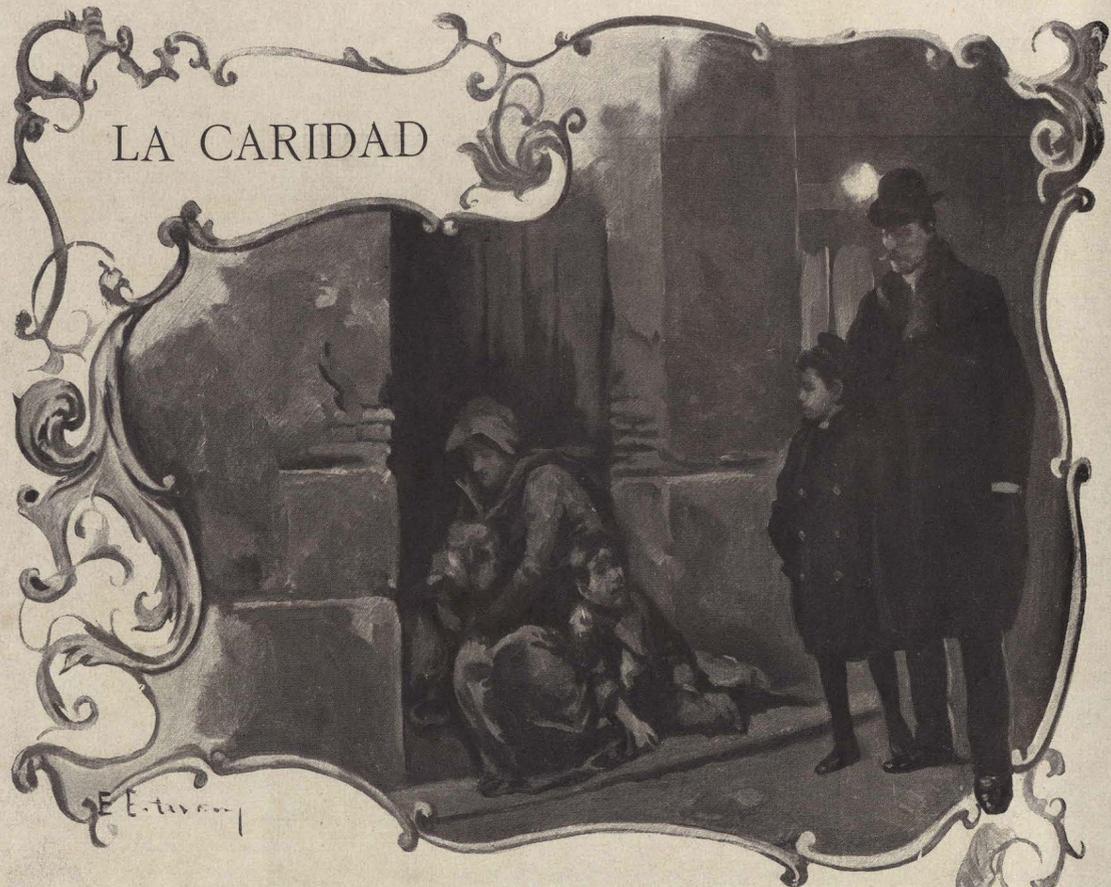


## LA CARIDAD



¡Desde niño la amé! La mente mía en sus pliegues recónditos encierra el recuerdo confuso de aquel día, mezcla extraña de pena y de alegría, primero en que la vi sobre la tierra. Mi bondadoso padre me mostró su belleza soberana, entre los juegos de mi edad temprana, y hoy tengo en su beldad los ojos fijos para, á mi vez, mostrársela á mis hijos.

¡No lo podré olvidar! Era una oscura noche de invierno, tempestuosa, helada; mi padre con ternura sostenía mi planta fatigada por marcha harto violenta, que si próxima ya nuestra morada, no estaba más distante la tormenta. Paróse de repente, cual sujeto por fuerza misteriosa, y con voz agitada, temblorosa, diciendo «mira»; señaló un objeto. Miré, y... transido de dolor y espanto, sentí á mis ojos asomarse el llanto. Guarecida en el quicio de una puerta que más que puerta nicho parecía, una mujer yacía desfallecida, yerta, sosteniendo con pena en cada brazo á un hijo de su amor que, del regazo de la madre infeliz haciendo lecho, imploraba con débiles gemidos el calor que á sus miembros ateridos dar no podía ya el materno pecho. —¿Qué es eso?— dominando mi amargura, exclamé.—¿Qué ha de ser, pobre inocente! mi padre contestó:—dobra la frente, descubre respetuoso tu cabeza, ya que en buen hora á comprender empieza tu alma cándida y pura

lo inmenso de la ajena desventura, el cuadro aterrador de la pobreza. Esa infeliz que miras sin aliento á sus tiernos hijitos entregada, que de albergue carece y de subterfugio, cual hoja de su tronco arrebatada, á merced de las aguas y del viento irá, de calle en calle, cuando la recia tempestad estalle. Mientras que tú en el lecho del reposo esperarás que el nuevo sol mañana acuda á despertarte cariñoso al través del cristal de tu ventana, en su lenta agonía, con el hambre por toda compañía, esos tres infelices de la aurora verán la luz incierta desde el umbral de una cerrada puertal —¡Oh! no es posible, no; padre, ¿qué dices?— ¿cuál su delito fué? ¿por qué pecados están á tal martirio condenados? —¡Pecado!... ¡En noche plácida y serena á la sombría obscuridad pregunta qué maldad cometió para que, en pena, carezca de luz propia y halle la muerte cuando el alba apuntal ¡Pregunta al azulado firmamento, de qué nefando crimen en castigo puede el cierzo violento llevar hasta las célicas regiones, emporio de belleza, los agrupados, densos nubarrones, que manchan su hermosura y su purezal ¡Pregunta al mar, en suma, cuando, entregado á lánguida mollicie, sólo empaña su tersa superficie el beso blando de rizada espuma, por qué delito, de su propio seno cuajado de coral, de perlas lleno, sin poderlo evitar, surgen airadas

las gigantescas olas encrespadas. En ese eterno, singular contraste, el equilibrio universal se funda, que al misero mortal no fuera dado reconocer con elevado juicio del Sér Supremo la bondad fecunda, si en la vital carrera en íntimo contacto no estuviera con la virtud el vicio, la clara luz con las veladas sombras, con la rugiente tempestad la calma, y la materia impura con el alma. Mira el ejemplo en ti: tengo evidencia de que tu infantil pecho aún no sabía con cuánto afán agradecer debía la envidiable fortuna de haber nacido en desahogada cuna, hasta esta noche en que la Providencia, para probar tu corazón acaso, arroja ante tu paso el andrajoso ajuar de la indigencia. Imprime en tu memoria tan tétrico espectáculo, y cuando, en tu existencia transitoria, encuentres á esos seres desvalidos, condenados sin culpa por la suerte á enferma vida y prematura muerte, no mires con desprecio sus raldos harapos repugnantes; no, hijo mío, los pobres vergonzantes que hacia ti elevan las convulsas manos son lo mismo que tú; son tus hermanos.— ¡Creí desfallecer! La voz querida, amante, del autor de mi existencia, consiguió despertar una conciencia hasta entonces dormida; y tanto efecto me causó, que, á impulso de indecible terror, loco, convulso, me eché en los brazos para mí benditos, llorando á mares y diciendo á gritos:

—¡Grande ha de ser la desventura ajena, para que así mi corazón taladre! ¡vamos pronto de aquí, vámonos, padre! —Espera... y si es verdad que, como augura de tus pupilas el copioso llanto, abruma tu razón, te aflige tanto la ajena desventura, hasta hoy para ti desconocida, quiero aplicar á tu reciente herida un raudal de balsámica dulzura, haciéndote probar los puros goces de un supremo placer que desconoces.— Dijo; y puso en mi mano temblorosa dos monedas de plata. ¡Todo lo comprendí! la misión grata, fiada á mi cuidado, acepté con sonrisa candorosa y, acercándome al grupo desdichado, con infantil cariño entregué una moneda á cada niño. —¡Dios se lo pagará!—murmuró un débil agradecido acento: ¡pagado estaba ya con el contento inexplicable, inmenso, que sentía; latió mi corazón con más violencia, nuevas fuerzas cobré con la alegría, y... arreciando del tiempo la inclemencia, eché á correr hacia el hogar querido, radiante de placer, de gozo henchido. Más tarde, cuando el sueño lentamente mis párpados cerraba y al preciso descanso me entregaba, un beso paternal sentí en la frente, en tanto que una voz llena de encanto así expresaba su cariño santo: —Hijo del alma, si es hallar tu anhelo dicha en la tierra y al morir un cielo, practica eternamente esa virtud dulcísima, hechicera, que al paso te salió por vez primera.

Ella es la salvación, ella el consuelo; pues, para gloria de la raza humana, en el misero suelo puso el Señor la Caridad cristiana. — Corrió el tiempo veloz; pasaron años, y con ellos mis dulces ilusiones; el oleaje sufrí de las pasiones; probé la hiel de amargos desengaños; presto miré mi juventud perdida, se heló mi corazón, odié la vida. Ignoro hasta qué extremo arrastrarme pudiera mi delirio; llegué á dudar ¡blasfemo! de la bondad de Dios, y á veces temo que por librar de tan cruel martirio á mi sombría, lóbrega conciencia, hubiera puesto fin á mi existencia. Por fortuna, ya cerca del profundo abismo cenagoso, me acordé de mi padre cariñoso; y en tropel acudiendo á mi memoria los que en la infancia oí, preceptos sabios salidos de sus labios, de mi mente cayó la espesa venda, y abandoné la terrenal escoria, y á mis pasos abrí más noble senda. Fueron desde aquel punto mis placeres: la aflicción mitigar de tantos seres á constante martirio condenados; partir con el mendigo el cotidiano pan, prestarle abrigo; consagrar por completo mis cuidados al viejo enfermo, á la inocente huérfana, á la madre infeliz... y de tal modo cifré en la Caridad mi aliento todo, que, realizada en mí día por día de mi padre la hermosa profecía, incólume pisando sobre el lodo que el egoísmo mundanal encierra...

¡hallé dicha en la tierra!  
¡Por eso, Caridad, tanto te quiero,  
te admiro y te venero!

¡Bendita seas! Mi amoroso padre me mostró tu belleza soberana, entre los juegos de mi edad temprana, y hoy tengo en tu beldad los ojos fijos, para, á mi vez, mostrársela á mis hijos. Si esgrimo torpe la cansada pluma, si en rima humilde mi pasado evoco, ¡es por ellos no más, sólo por ellos! Si descorrer procuro poco á poco de su infantil razón la densa bruma, es que quiero mostrarles los destellos de esa virtud inmaculada, hermosa; y que al rezar sobre mi fría losa, cual lo hago yo, mis hijos la bendigan, su huella busquen y á su lado sigan. Y así lo harán; porque, cuando la noche en las celestes bóvedas extiende sus enlutados lóbregos crespones, y, al compás de las santas oraciones que les dicté amoroso, á sus pupilas lánguidas descendiendo el ángel del reposo,... en su estancia penetro lentamente, un beso paternal grabo en su frente, y con dulce, profético sonido, murmuro así á su oído: —¡Hijos míos; si hallar es vuestro anhelo dicha en la tierra y al morir un cielo,... no olvidéis un instante que del mundo en el abismo tenebroso, inmundado, para eterno consuelo y gloria de la gran familia humana, puso el Señor la Caridad cristiana!

SALVADOR CARRERA

Ilustraciones de E. ESTEVAN.



## ¡OH, LA ACTUALIDAD!



COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de José Passos.

242

Asó, afortunadamente, aquella época de los artículos de cinco ó seis columnas ¡sin regletear! no para imponer á los lectores de lo que podía ser contado en cincuenta renglones. El periodismo moderno está lleno de secciones, de epígrafes, de *entrefilets*.

Y con el modernismo han llegado los nuevos moldes, á los que se les llama *interwies*, *instantáneas*, *momentáneas*, *rápidas*, *exhalaciones*, *rayos*, *centellas*, *gotas*, etc., etc.

La civilización lo exige y hay que simplificarlo todo.

El telegrama cifrado es el ideal de la perfección.

Hoy el buen *reporter*, necesita emplear en su faena informadora todos los medios posibles de locomoción, y no le basta á veces para evitar que otro se adelante.

Se mete por las puertas y por las ventanas, lo pregunta todo, lo sabe todo.

No cree en los obstáculos que dificultan su paso por sitios donde no fué nunca, porque en su vertiginosa carrera las puertas de hierro se la antojan leves mamparas, los cerrojos, frágiles presillas de seda.

Las palabras «imposible» é «insuperable» no se han inventado para él. Y se comprende. Hay que hacerse dueño de la actualidad á todo trance; averiguar, si es posible, lo que ha de suceder mañana.

¿Le dan á usted una plaza de temporero en Gobernación ó le tocan quinientas pesetas en el último sorteo?

Pues ya está el *reporter* en movimiento.

—¡Señorito!—le dice á usted la chica entrando en la alcoba á las ocho de la mañana.

—¡Qué hay, Marcelina!

—Ahí está un joven de ojos azules que desea verle.

—Pero mujer... ¿á estas horas? ¿Ha dicho quién es?

—Me ha dado esta tarjeta...

—¡A ver!—José Inoportuno—redactor de *La Trompa de la Fama*.

Y naturalmente, usted, que por lo general está bien educado, le manda pasar al despacho, se viste al instante poniéndose la camisa al revés, mete un pie en una zapatilla y el otro en... otra parte, y sale del dormitorio muerto de sueño y de frío tosiendo de un modo horrible y pensando—¡no hay otro remedio! Si no le recibo lo va á contar en letras de molde...

Y para el buen *reporter* no hay, no debe haber nada secreto. Necesita enterarse de cómo tiene usted puesta la casa, en qué habitación regaña usted con su mujer, en cuál otra se saca usted la raya, qué año entró usted en quintas, si está usted al corriente con el casero, si toma usted el vino al por mayor, en una palabra, descubrir la cortina que cubre el *sagrado del hogar*.

Lo peor es que le sorprendan á usted en familia, con eso del magnesio ó como se llame.

¡Ah, entonces!...

¡Chist! ¡quieto!

—¡Pero!

Nada; que se va usted á *descomponer*.

—Señora, usted aquí en este taburete.

—Está roto...

—No le hace... Tome usted al niño en brazo y métele usted este plumero en la boca como si estuviera jugando. Señorita, apoye usted el codo sobre el entredós; los ojos aquí, mirando al retrato de este sacerdote.—La muchacha asoma en la puerta con la cesta...—Así... un instante... quietos...

E inmediatamente ¡fís! un fogonazo terrible, el magnesio que se inflama, la casa que se llena de un humo irrespirable que no se va de allí nunca; ¡y actualidad conquistada!

El *reporter* que dispone de ese procedimiento es despiadado... ¡Témale usted! Porque ese se mete con el aparato en todas partes y lo mismo hace un cliché de la salida de un regimiento que... de otra cosa menos saliente.

¡Los de la maquinilla son terribles!

En el café, en la peluquería, en el salón del limpiabotas, en el estanco, en la tienda de gomas, en la casa ¡ay!... de préstamos, en todas partes le sorprenden á usted.

No hay modo de conservar con ellos el *humilde anónimo* que uno pretende vivir: no está uno tranquilo en ninguna parte.

¿Y todo por qué? Por la dichosa actualidad.

¡Oh, la actualidad!

Y aprovecho la ocasión para hacer presente á «los hombres del magnesio» lo que sigue:

Señores míos: Si estreno alguna obra y es un *exitazo loco* y paso á la categoría de *genio* y me hago *hombre célebre* y quieren ustedes contarle á la gente quién soy yo, tengan en cuenta que me levanto muy tarde, que no tengo casa *reproducibile*, que el humo me hace toser y que «deso guardar el incógnito hasta el final.»

¡Ah! y que no voy á retratarme á ningún sitio... como no sea gratis, aunque llegue á ser el *hombre del día*. ¡Oh, la actualidad!

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

## EL PRINCIPE DE VIANA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

El 29 de Mayo de 1421 nació en Peñafiel (Castilla), Don Carlos de Viana. Bien pudo exclamar este desventurado príncipe, como más tarde lo hizo un famoso poeta: *¡El día en que nació, fué un día desgraciado!*

El 15 de Mayo del año 1428, al recibir la corona de Navarra sus padres, Doña Blanca de Navarra y Don Juan II de Aragón, fué reconocido y jurado por sucesor del reino, dotándole del título de Príncipe de Viana, equivalente al de Príncipe de Asturias, en Castilla.

Casó Don Carlos en 1439 con Ana, hija del difunto Duque de Cleves, que falleció en Olife el año 1449, sin dejarle sucesión. ¡Grande fué este golpe para el príncipe, mas no tan terrible como la pérdida de su madre, ocurrida en 1441, principio de todas sus desgracias!

Dejóle al morir Doña Blanca el reino de Navarra y el ducado de Nemours, si bien rogándole no tomase el título de Rey, sin el consentimiento de su padre ó á la muerte de éste; y Don Carlos, como hijo amante y respetuoso, limitóse á gobernar el reino con el título de lugarteniente de su padre.

Apenas fallecida su esposa Doña Blanca, modelo de virtud y bondad, casó Don Juan con Doña Juana Enriquez, hija del Almirante de Castilla, *joven, bella, altiva, saza, ambiciosa y cruel*.

Enviada por Don Juan á Navarra para compartir el trono con su hijo, los partidarios del príncipe, indignados, la sitiaron en Estella. Corrió su esposo á libertarla, consiguiéndolo tras reñido combate, quedando Don Carlos prisionero de su padre, quien le hizo encerrar en el Castillo de Tafalla, teniendo la familia de Beaumont, grande amiga del príncipe, que dejar en rehenes á sus principales individuos, para lograr una especie de tregua y que Don Carlos fuese puesto en libertad (1443).

Navarra se dividió por entonces en dos bandos, los *agramonteses*, partidarios del rey Don Juan; y los *beaumonteses*, amigos del príncipe.

Encendida la guerra, por segunda vez la suerte de las armas le fué contraria, en los campos de Estella, peleando en su contra su cuñado el conde

de Foix, su madrastra, y ¡su padre! Determinó, entonces, abandonar á Navarra, dejando al frente de sus parciales á su amigo Don Juan de Beaumont, marchando á Nápoles en busca de un asilo y de un protector. En efecto, su tío Don Alfonso, enterado de lo ocurrido, envió varios diputados á su hermano, para lograr la reconciliación del padre y el hijo. Desgraciadamente llegaron cuando Don Juan había desterrado á Don Carlos, y también á su hermana Doña Blanca, que simpatizaba con su justa causa, dando el trono á su otra hija Doña Leonor, que con su marido, el conde de Foix, le ayudaban contra el príncipe.

Apremiado por su hermano, aparentó ceder Don Juan, ajustándose una tregua de seis meses, cesando la guerra en Navarra, y devolviéndose ambos partidos los prisioneros hechos, con excepción de los rehenes que Don Carlos dejó en Zaragoza al caer prisionero.

Muere casi repentinamente Don Alfonso, dejando sus reinos de España, Sicilia y Cerdeña á su hermano Don Juan; y el de Nápoles á su hijo bastardo, aunque legitimado, Don Fernando, y caen por tierra las esperanzas de Don Carlos. Habiéndose conquistado en Nápoles grandes simpatías, instante los italianos á tomar el reino, molestados por la *condición ambigua* de Don Fernando, mas el noble príncipe rechaza indignado semejante proposición, y se retira á un monasterio de benedictinos en Sicilia, esperando lograr la paz con su padre. Pero Don Juan temía el cariño y las simpatías que su hijo despertaba en todas partes, y con falsas promesas de reconciliación le hizo venir á España, ajustando con él un tratado de concordia, por el que se le reconocían las rentas del principado de Viana, y se otorgaba un perdón general; si bien Don Carlos quedaba desterrado de ir á Sicilia y de volver á Navarra, cuyo reino había dado Don Juan, contra todo derecho, á su hija la condesa de Foix.

Legado el príncipe desde Mallorca en donde desembarcó al regresar de Sicilia, al convento de Valdoncellas, en las afueras de Barcelona, entró con su padre, á quien no pudo hablar á solas, y con su madrastra, en la ciudad, re-



cibiéndole con marcadas muestras de amor los catalanes, quienes esperaban que en breve fuese reconocido Don Carlos como príncipe sucesor, idea que rechazaba Doña Juana, la cual quería que el trono de Aragón fuese para su hijo Don Fernando, nacido en la villa de Sos, el 10 de Marzo de 1452.

Sabedora Doña Juana por su padre el Almirante de las negociaciones que el príncipe seguía con el rey Don Enrique IV de Castilla, para alcanzar la mano de su hermana Doña Isabel (más tarde *Isabel la Católica*), cuyo enlace ansiaba para su hijo; logró que su marido convocase Cortes en Lérida y llamase á ellas á Don Carlos. Aconsejaronle sus amigos que no acudiese al llamamiento, y es fama que un médico del rey Don Juan le dijo: *que anduviese con cuidado, porque era de temer le diesen algún bocado de muy mala digestión*. A pesar de todo, el noble príncipe acudió, y el padre le hizo prender en el acto, encerrándole en un castillo (1461).

La prisión del príncipe es el asunto que representa el magnífico cuadro de Emilio Sala, premiado en la Exposición del año 1871, adquirido por el gobierno, y que durante muchos años ha sido en las Salas del Museo de Pintura la admiración de propios y extraños.

En el proceso que le mandó formar acusándole de haber querido matarle, y alzarse con sus coronas, nada se le pudo probar, porque todo era falso.

Al saber la prisión de Don Carlos, todos los reinos se pusieron en armas, y Don Juan, con su esposa y su hijo, se vieron forzados á retirarse á Zaragoza. Intimidado el Rey, ordenó la libertad de su hijo, diciendo, para salvar á su

esposa de las iras de sus vasallos, que lo hacía á instancias suyas, encargándola acompañase al príncipe á Barcelona; pero los catalanes la negaron la entrada en la ciudad, obligándola á detenerse en Villafranca, mientras Don Carlos era recibido en Barcelona con el mayor entusiasmo.

Firmes en su empeño, la Diputación del principado exigió del Rey, que hiciese salir de Navarra á los Condes de Foix; y que se reconociese á Don Carlos por sucesor en los reinos de Aragón, Sicilia y Cerdeña, nombrándole lugarteniente; á todo lo cual hubo de ceder Don Juan, si bien procuró más adelante oponer tales dificultades, aconsejado por su esposa, que alteraron la salud del príncipe y en pocos días le hicieron perder la vida, el 23 de Septiembre del año 1461. Su muerte que muchos historiadores atribuyen á un veneno que le suministró su madrastra, causó un profundo y general dolor.

Era el príncipe de Viana de carácter dulce, de amable trato, de apacible y modesta condición; sensible al amor, y dado al estudio, sus únicas y verdaderas pasiones; liberal y magnífico; severo en ocasiones, melancólico, y algo irritable. Cultivó con gran aprovechamiento la *gaya ciencia*, y en el archivo de Pamplona se conservan obras de su ingenio.

Green algunos que Don Carlos no tenía el alma tan bien templada como exigía en los reyes la situación en que España y Europa se encontraban. No opinamos lo mismo. Si para reinar lo primero que se necesita es un gran corazón, el del príncipe de Viana era grande y hermoso sobre toda ponderación.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

243